



GAS PAGTAS DE LOS HOMBRES

Sacadas a relucir por un congreso de mujeres de experiencia,
a fin de que las muchachas casaderas sepan de que defectos
adolecen y como se han de conducir con ellos.

VAN AL FIN UNOS TROVOS DE AMOR

Desde tiempo inmemorial,
los hombres a su placer.
han dicho de la mujer
cuanto han querido de mal.

Serpiente, arpa infernal
la llaman y otros mil nombres,
así es que hoy no te asombres
noble auditorio al oír
que saquemos a relucir
los defectos de los hombres.

Ingratos, falsos, arteros,
inconstantes, bailarines,
son Danieles, Valentines,
Vitorianos y Valeros.

Los Juanes y Baldomeros,
Andreses y Celestinos,
son amigos de los vinos,
aguardientes y licores;
y también los Salvadores,
los Modestos y Rufinos.

Para tiranos crueles
los Guillemos y Eduardos,
y amigos de picos pardos
Serafinos y Manueles.

Los Donatos y Migueles,
Benitos y Simeones,
son fulleros, correntones,
propensos a embriagarse

y capaces de jugarse
la camisa y los calzones.

Los Feipes son avaros,
hambrones los Bernardinos,
los Emilios muy ladinos
y los Atanasios raros.

Los Agapitos y Amaros
son de maneras muy bruscas;
y si buenas piezas buscas,
hallarás que son los Blases,
los Antonios y Tomases
amigos de pelanduscas.

Son sucios los Timoteos,
los Leonardos sisonos,
los Baudilios muy tragones
y los Policarpos feos.

Remolones los Mateos
y si tu auditorio quieres
hallarás si les siguieres,
que son los Jaiames muy malos
y amigos de dar de palos
a menudo a sus mujeres.

Tacaños y reñidores
son los Giles y Tadeos,
y amantes de los paseos
los Arturos y Melchores.

Los Enriques bailadores,
los Gonzalos casquivanos,
derrochones los Maranos,
y los Pablos y Frasquitos
en los ajenos bolsillos
les gusta untarse las manos.

Los Justos y Peregrines,
alumbrados cual linternas,
siempre van por las tabernas,
bodegas y cafetines.

Los Claudios y los Fermines
viven gruñendo y rabiando
y ya de estar pleiteando
cuando cansados los bailes,
los verás por las calles
en busca de contrabando.

Son los Silvestres ariscos,

los Dionisios embusteros,
los Lázaros callejeros,
los Serapios basiliscos.

Los Florencios y Franciscos
son todos muy santularios;
los Teodoros, Olegarios
y Eugenios son lamineros
y van como perdigueros
oliendo por los armarios.

Los Toribios son celosos,
los Inocentes muy tunos,
y Angeles, Vicentes, Brunos
y Pepes, unos rabiosos.

Martines y Fructuosos
son de condición extraña;
los Pedros tienen gran maña
en la baraja y el taco,
y se fuman más tabaco
que fabricar puede España.

Los Bautistas son zamarros,
los Nicolases tunantes
los Joaquines muy amantes
de chicas, copas, cigarros;

Los Julios, los despilfarros
anhelan y los placeres;
y olvidando sus deberes,
los Magines y Ramones,
se la pegan los bribones
a menudo a sus mujeres.

Los Mauricio son soberbios,
los Carlos avariciosos,
los Crispines lujuriosos
e iracundos los Eusebios.

Son golosos los Silverios,
envidiosos los Pascuales,
haraganes sin iguales
los Cirilos y beodos;
los Ignacios tienen todos
los pecados capitales.

Gustan mucho los Severos,
Zacarías y Marciales,
de andar por los andurriales
tras los cuerpos sandungueros.

Los Cancios son majaderos
y gastan pólvora en salva;
los Roques se hacen la malva,
pero así a la descomida,
le juegan una partida
hasta el lucero del alba.

Los Calixtos y Torcuatos,
los Lucas y los Julianes,
los Gabrieles, los Damianes,
Evaristos y Honoratos.

Se hacen los mogigatos,
nada de ello se recela,
pero si alguno les cela
al fin llega a comprender,
que estos todos suelen ser
pícaros de doble suela.

Los Bernardos y los Titos
gustan de beaterías
y de andar por cofradías
con Fortunatos y Vitos.

Los Rufos son muy benditos,
pero los Espiridiones,
Liberatos y Trifones,
son (va de verdad) tan buenos,
que de ellos siempre están llenos
calabozos y prisiones.

Los Alejos, los Elías,
Jerónimos y Nazarios,
Felicianos y Macarios,
tienen muchas picardías.

Los Anselmos y Matías
son ca'averones tales,
que nunca se han visto iguales
en el mundo como ellos,
y por estos atropellos
mueren en los hospitales.

Los Víctores son infieles,
los Isidoros flautistas,
los Carme'os camorristas,
y los Marcos quita pieles.

Jorges y Albertos crueles,
Soterios y Cayos rudos,
los Epifanios agudos,

los Luises malos maridos,
de hipocresía vestidos
y de virtudes desnudos

Los Domingos sin placeres
viven siempre en los rincones;
si se casan, los calzones

llevan sólo sus mujeres.

Los Ricardos dan quehaceres,
(y la razón es muy obvia)

pues ya su elegancia agobia,
los Braulios muérense en breve,
los Rosendos son de nieve

y por eso no hallan novia.
Son amigos de pilladas
Lorenzos y Cayetanos,
y Agustines y Casianos
siempre van tras las criadas.

Son personas mal miradas
Estévanes y Javieres,
pues de todos sus placeres
el más común y mayor
es el de hacer el amor
a amigas de sus mujeres.

Los Ambrosios son muy fríos,
los Eustaquios indolentes,
los Máximos exigentes
en materia de amoríos.

Los Estanislao y Píos
picapleitos y embusteros;
los Cándidos papeleros
amigos de los placeres
y de andar con las mujeres,
de amigos y compañeros.

Estas son, aunque os asombre,
niñas llenas de inocencia
y las faltas que la experiencia
ha descubierto en el hombre.

Así os digo por mi nombre
a las que queráis casaros,
de que no debéis fiaros
al verlos de amor rendidos
pues cuando ya son maridos
se ven sus defectos claros.

TROVOS DE AMOR

Mirábase Juana un día
de una fuente en el cristal.
y el agua la descubría
sus encantos sin igual.

Llena de amor y alegría
Juana mi pasión oyó,
y tan feliz se creía
que en la dicha que soñó
Mirábase Juana un día.

Aquejada de otro mal
suspiros al viento dando,
vi a Juana tan celestial,
que se estaba contemplando
de una fuente en el cristal.

Entré niña en tu jardín
pensando coger la flor,
otro se llevó el jazmín,
yo quedé con el olor.

Por ti, bello serafín,
mi pasión causa ternura,
porque te amaba sin fin,
por gozar de tu hermosura
entré, niña, en tu jardín.

Tú me mostraste amor,
y fingistes que me amabas,
firmemente y con ardor.
en las sospechas que estaba
pensando coger la flor.

La dije, prenda, alma mía,
¿me quieres como yo a ti?
y cuando esto la decía
oyóse en la fuente un sí
y el agua la descubría.

Desde entonces sin igual
por verla un instante lloro
y es mi gloria terrenal
amarla, porque yo adoro
sus encantos sin igual.

Entré en un lugar, en fin,
por amar a cierta dama,
y como el mundo es ruín
yo me quedé con la rama
otro se llevó el jazmín.

Tengo muy grande dolor
de lo que en ti me ha pasado;
ahora lloro mi error,
otro la flor se ha llevado,
yo quedé con el olor.

F I N